

Estudiaré, pues, á la mujer: 1º, cuando niña, á riesgo de que Bandera me censure por entrar mi hoz en mies ajena; 2º, en su época núbil; 3º, como esposa y como madre, y 4º, cuando su cabeza se corona con las blancas hebras que tienen por sagrado relicario el seno de la madre tierra. Acaso, si no me falta el aliento, diré á vd. algo referente á la higiene del domicilio, tan descuidada entre nosotros por los ricos en un sentido, y en otro por los pobres.

Tales, señora, el programa bajo el cual me propongo obedecer á las indicaciones de vd., en testimonio de que soy su afectísimo amigo

DR. M. DOMINGUEZ.

LA RUEDA DE LA DESGRACIA.

NOVELA ORIGINAL
DE
CAROLINA CORONADO.

I

LOCURA DE MADRE.

Acababa de llegar á Madrid, de vuelta de una excursión á mis tierras de Andalucía, donde la pasión á la caza me había detenido cerca de tres meses sin pensar en otra cosa, y registraba mis tarjetas y esquelas atrasadas, cuando abrí una fúnebre que decía: «El excelentísimo señor conde de Ranzó. . . .»

El papel cayó de mis manos: ¡Dios mío! ha muerto el más querido de mis amigos, aquel por quien renuncié á la mujer única que he amado en el mundo!

Luego encontré un billete, también con orla negra, que me hizo estremecer porque conocí la letra; decía:

«Querido Enrique: Tú eras el mejor amigo del pobre Virgilio, y te espera con ansiedad tu prima—Angela.»

Vestíme de prisa, y corrí á su casa; pero con sorpresa hallé que nadie respondía, por más que hube llamado repetidas veces. Iba á retroceder para pedir explicaciones al portero, á quien no había hallado en su sitio; pero le vi bajar del piso segundo: no vestía su acostumbrada librea, ni llevaba luto, y presentaba el aspecto de un hombre que se va despertando ó que se viene durmiendo.

—Es inútil llamar, dijo, señor conde, no hay nadie.

—Ya lo veo, y si le hubiese hallado á usted en la portería, hubiera excusado llamar.

—Sí, señor, pero uno no puede vivir ya sólo de la portería, desde que el señor conde nos ha dejado plantados.

—¡Oh, qué insolente queja! ¿Le ha dejado á vd. plantado porque se ha muerto?

—No, señor, replicó el portero con acento severo é incisivo; no porque se ha muerto, sino porque se ha suicidado.

Estábamos en el descanso de la escalera, y estas palabras me dejaron tan trastornado, que si hubiese querido bajar en el primer instante, no hubiera sabido si tomar el tramo de arriba ó el de abajo. Algo recobrado, y no queriendo provocar alguna relación indiscreta, pregunté al portero:

—¿Pero la familia no está en Madrid?

—No, señor; no habían vuelto de las provincias. ¡Allá ha sido todo!

Allá ha sido todo; ¡qué catástrofe encerraba ese todo!

—Pero, insistí todavía, algún criado habrá quedado al cuidado del cuarto.

—¡Cá! no, señor; si el cuarto está sellado por el Juzgado.

—¡Ah! ¿y la madre del conde?

—¿La señora marquesa? ¡pobre señora! se ha vuelto loca de pena, y quien lo tiene que sentir son tantos pobres que se quedan sin su limosna.

—¿Estará en su casa?

—No, señor, la casa se ha vendido y la señora se ha mudado á un cuarto en el barrio de Argüelles.

—¿Qué señas?

—No sé, pero me parece que son, calle de Pepa, ¿qué señas son las de la señora marquesa de Alar? gritó el portero viendo bajar á su mujer.

—Buenos días, señor conde: las señas son calle de es nombre de uno que fué ministro cuando Cristina. . . . calle de ¡el ministro de las campanas!

—¿Calle de Mendizábal?

—Eso.

—¿Qué número?

—40, cuarto bajo.

—Muchas gracias: adios. Y bajando de un salto, salí á la calle.

¿Qué ha sucedido? me preguntaba á mí mismo. Un hombre tan feliz, que poseía una mujer como Angela, que le había dado el más dulce regalo de los cielos, una hija: rico, brillante, adorado de todos: ¿qué ha sucedido?

Llegamos al barrio de Argüelles, que me parece siempre la antesala del cementerio, y nos detuvimos delante de una casa sumamente modesta. Entré en un cuarto bajo, donde el silencio era absoluto, y me recibió la antigua doncella de la marquesa, en cuyo semblante se veían las huellas de un gran sufrimiento; rogóme que esperase unos instantes, y luego salió el médico de la casa, á quien abracé con efusión.

—Vd. podrá explicarme, le dije, este cúmulo de desgracias.

—¡Explicar! replicó el doctor sentándome á su lado, y conservando mi mano entre las suyas. Todo aquí es inexplicable. Ha sido un miasma mortífero que ha respirado esta familia, y yo estoy queriendo remediar los efectos sin haber podido examinar la causa. A mí me avisaron cuando el primer ataque de la marquesa, y hallé la casa en la mayor confusión. El conde Virgilio se había suicidado en Loyola; habían tenido la imprudencia de dar la noticia á su madre por telégrafo, y con la misma rapidez que el hilo eléctrico transmitió la palabra, infundió la demencia en su órgano mental. Grandes reveses debió sufrir el conde Virgilio en el tiempo de su ausencia, cuando los repetidos giros obligaron al banquero á protestar las letras, y los acreedores vinieron sobre los bienes. Vendióse la casa para satisfacer algunos pagos, y trasladamos á la marquesa á este cuartito, que he escogido por fresco y silencioso. El menor ruido la hace creer que son los pasos de Virgilio que vuelve, y lo primero que preguntará á vd. es dónde está su hijo.

—¿Pero qué ha sido de Angela?

—La condesa permanece en el sitio de la catástrofe: ó no ha tenido fuerzas para venir, ó carece de recursos para verificarlo.

—¿Es posible!

—Yo creo que esta familia ha quedado reducida poco menos que á la indigencia. Esta excelente mujer que cuida á la marquesa, nada me dice; pero yo sospecho que la marquesa no